



poemas

Palabras

Yo sigo el rastro de la tinta oscura
para encontrar palabras que sean lo que son y al mismo tiempo
lo que no pueden ser, lo que transita.

Las horas que gastamos en pensar;
la exactitud de lo que no es exacto;
el margen de equilibrio que admite que los dedos del presente nos mancillen.

La sensación de estar donde no estamos
y también la contraria:
no ser jamás del todo lo que somos.

Materia y consistencia y transparencia:
como una fina lámina de mármol
deja pasar la luz.

Regreso

Tocar un cuarzo ahumado, vítreo y negro,
como quien busca en su naturaleza indiferente
la reconciliación entre hombre y mundo.
Aprendemos a ser lo que ya somos,
y este trozo de piedra es un regreso.

La piedra, en su secreto, es armonía,
memoria silenciosa del planeta,
regalo de una luz que se ha hecho sólida.
Cuánta vida en lo inerte de este cuarzo
que es cristalización de los milenios.

El tacto es humildad.
Los dedos no conocen: reconocen;
comprueban un origen, se aseguran
de ser tan realidad como la roca.
Cuando los dedos rozan los sillares
en una catedral de umbría y siglos,
rozas casi al descuido los orígenes,
comulgas más que otros que comulgan.

Aquel niño buscaba con su cara
el frío intemporal del mármol frío.
Pegada su mejilla a la columna,
parecía escuchar en la pared
no el rumor que hay tras ella, sino a ella.

Sobre la mesa, el cuarzo, luz oscura,
su noticia que llega con retraso.
¿Cuántos siglos tendrá, tan silencioso,
tan delante de mí, tan en sí mismo?

Aprendo a ser lo que de hecho soy,
fugaz parte del mundo,
viendo el cuarzo.

Esta piedra secreta, antigua y súbita,
este trozo de mundo en la mañana.

Galeones

Tesoro de un naufragio es el naufragio mismo,
su memoria callada y encallada,
su silencio abisal y su misterio
transitado despacio por los peces.
Se naufraga para algo.
Lo que ahí abajo late sin latir
es el haber perdido
flotación en la historia y ser sustancia
de la que el tiempo se alimenta.
Los siglos no andan solos,
comen derrotas,
trizas de pabellones,
afanes que navegan y que un día se hunden.

Cuando el mar le hace sitio al barco,
la memoria no es sólo
astillería húmeda que pasa del abismo
a la mañana del museo.
Es también galeones que yacen en lo oscuro.

La luz le duele un poco
al fragmento de barco que vuelve con poleas y derramando
olvido.

El tiempo se despieza y es algo más que piezas.
No es ajuar en vitrinas y es temblor.
Es vida oscura o luminosa.
O algo intermedio,
que tal vez sea el espíritu y que escapa
mientras secamos piezas con un rótulo al lado,
como piratas de nosotros mismos.

Las puertas

Me vence la manera
que dos misterios tienen de mostrarse
mutuamente, sin descubrirse,
como se miran entre sí las cosas
cerradas, las dos puertas
que en un pasillo enfrenta el arquitecto:
una tensión con límite en lo blanco
y es la orilla entre dos aconteceres.

La noche y estás tú
tras tu silencio y en tus ojos
como se está en los hechos,
presencia pura: el pasado
nos labra frente al otro sin querer,
y decir un pasado es excesivo.

Demasiada conciencia se acumula,
nos desborda, no somos con justeza.
Se llena de exterior un interior.
La penumbra de anhelo del que quiere.

Canción

Sólo una de entre todas era así,
vertiginosa de serenidad;
depositaria de una paz consciente,
erguida y expectante con justeza.

Y no se disolvía en el amor,
que viene de muy lejos y nos cumple
y una manera de evitarlo
es negarse uno mismo ante el amor.

Sólo una de entre todas era, es.
Amo esa soledad.

Ícaro

La meta es como un túnel, se nutre de tiniebla.

Lo propio de las alas es quemarse
cinco minutos antes de llegar hasta el sol.

Toda meta es un túnel que te absorbe,
es una oscuridad que se alimenta
de tu propia sustancia y de tu olvido
y ese modo de muerte que es el conseguir.

Cuando uno logra un fin se queda triste.
La meta se lo traga.

Mejor ser el mejor sin beso de champán, sin aureola.
Y el sueño se ha quemado en su inminencia,
como sabiendo que vencer es chusco.

Tus sueños se han quemado de pura lucidez.

La estación

Al sol, despunta el sol y reverbera
en un casi verano casi cierto.

Morder un hilo de agua. ¿Es tiempo ya?

La piel es nuestro único barómetro.

Hablar del tiempo, como dice Wilde, es hablar de otra cosa.
Es ventana a la incertidumbre.

El día en que mirar sea consultar rutinas de merlín
como quien mira un índice de precios,
vivir habrá perdido su constante en el abismo leve.

Nos evaporamos, en el beso, a las regiones del olvido
y, al reír juntos, somos intemperie:
cuando calla la risa hay un granizo que hiela los pronósticos,
y hay que volver a repensar el mundo.

Somos agricultura de los cielos, una ancha mies del aire,
polen vago que vino de tan lejos.
Toda lucha entre iguales, todo amor de contrarios,
toda íntima disputa está prevista
en la tensión dulce de los alimentos terrestres,
en el grano de trigo que amarillea y revienta en el aparador.

El perezoso giro de los astros hipnotiza las vidas,
el peaje de las estaciones, el voltaje de lo repetido.
La hora y su exterior se nos confunden.

Y si no hubiese luz como esta luz,
si no hubiese preguntas en los ojos,
si no hubiese un instante de desvelo justo antes de dormir,
todo serían actas.

Somos del alimento del temor.
También una ilusión de eternidad
que se entrevera con estar perdidos.

Amanece una luz
con dimensión precisa de universo.
No hace falta que diga el calendario la última palabra.
Siempre falta infinito para lo que no existe,
que es donde vivimos.

Caída

3

El árbol se desliga de sí mismo
hasta mostrar su corazón desnudo,
que cede lo que hay a lo que no.
Frente al hueco de aire del derrumbe,
miro continuar las estaciones,
entregarse el color a sus matices.
El tiempo aún confía en sucederse.
Para esta transición, mi fe inmediata.
También la paz requiere un pensamiento,
quizá su único sitio incuestionable.
De pequeño, al rezar, yo sostenía
en mí cada quimera, lo invisible,
al margen de que nada sucediese.
Y qué importa si ahora rezo a nada
en un puro creer intransitivo:
convertir en lugar una conciencia.
Ahora sé del tiempo el adentrarse
en esta costa poco a poco oscura.
¿De dónde viene el viento? De muy lejos.
El brillo de las hojas con el agua
parece prometer que todo ocurre.
¿Tiene una identidad o es sólo parte
del paisaje que duda en una vela?
Picotea la lluvia un mar oscuro.
¿Cómo voy a abrazarte si no existes?
Esa bondad exenta que es el tiempo
resulta nuestro medio natural,
pero sólo es posible respirarlo

a instantes, como el aire, o abstraer
y pronunciar un mes o una semana
como quien tiende instantes hacia el todo.
No me acuerdo de meses o semanas,
me acuerdo del instante que supone
revelación de escena de una historia.
Acaso pensar esto sea un teatro.
'Los jóvenes de hoy os separáis
con mucha ligereza'. No es ligero
vivir sin lo ligero de ser dos.
Con lenta diplomacia los recuerdos
se esfuman y el otoño queda a solas
con un eco de rota eternidad.
Tras la tormenta, un aire silencioso,
como si en general algo empezara,
lleva el secreto de lo que ha escuchado
en dos años o en una sola tarde.
Todo ocurre en el brillo de las hojas.

4

Algo hace quien pasa de una luz
a menos claridad, quien surca oscuro
el transitar del aire a menos aire.
Quien se encomienda a algún anochecer.
Quien trata realidades con el nombre
que en la noche, sin más, le sale al paso.
Quien vive en transición. A cada paso
se insinúa el instante de una luz

de la que nadie sabe aún el nombre.
Tan sólo sé que late ahí en lo oscuro,
como la hoguera del anochecer
entabla un parloteo con el aire.
Hasta que apaga el fuego el mismo aire
y es desnudez la estela de su paso:
aflora entonces el anochecer
que la llama ocultaba entre la luz
como si, brusca dueña de lo oscuro,
tomara decisiones en su nombre.
Vivir es intentar ponerle nombre
a las cosas que marchan a su aire.
Y nos acoge un indagar oscuro
en el que es inseguro cada paso.
Las palabras son una escueta luz
que tiembla hasta que vuelve a anochecer.
Anochece tras cada anochecer
y sólo sé nombrarlo con tu nombre,
tú la única certeza, tú la luz;
la melodía que le robo al aire.
Tú, senda sin temor. Contigo paso
por la alegría de un camino oscuro.
Si vamos tú y yo juntos no es oscuro,
no es tan grávido el simple anochecer.
La soledad es así un rito de paso
que se disuelve al pronunciar tu nombre:
se abre una ventana y entra el aire
y es casi el movimiento de la luz.
La luz encuentra luz entre lo oscuro.
Respiro el aire de este anochecer.
Lleva tu nombre y anda con tu paso.

Caerá el invierno igual que antes caía,
templo de la penumbra donde late
el sol frío de la respiración,
la sensación de cercanía clara
siempre a punto de ser, como el mar mismo.
Tomo una decisión y queda espacio
para el latir contrario. Es como el mar,
los extremos de vida que lo afirman.
La conciencia excesiva no da tregua
y sólo la conciencia nos descubre
ser más fugaces que el fragor de un fósforo
en el que arde una indulgencia de aire,
el simple estar y desaparecer
lo que no admite ser pensado. Piedra
que brilla en su querer salir del agua,
los colores se cierran en su luz.
Porque el adiós es blanco. Se insinúa
hasta en el tintineo de las tazas;
desnudamos el mundo hasta lo blanco
para poder seguir. La despedida
desaloja no sólo una presencia
sino también un clima: el marco ágil
de la ilusión concreta del amor,
su hábito que fluye incuestionable.
Al perdernos, perdemos también pie.
El suelo ya no es firme y se desdobla.
Sólo el mar es el mar que era milagro.
En la arena ondulada por el agua,
casi nada lo dice casi todo.
En las briznas que deja me detengo
y busco transparencia en el azar.

Cada materia está, sólo yo falto.
Regreso a la mañana del mercado
como si confirmara que aún alienta
mercancía bajo un precio de tiza;
naturaleza en el compás del aire
mezclado de alimentos y de voces,
y vibra igual la luz en esta hora
que no dice el reloj sino el pasar,
la procesión de los olores densos
suspendida en sí misma, en su certeza.
Ya sólo la certeza del aroma,
aquel aroma frío de la fruta
traída a casa por el barrio inédito,
a la casa que aún no nos sabía.
El eco, las paredes. La extrañeza
trataba de escuchar sólo el instante
y es muy difícil porque se entreteje
de ensueño y porvenir, y de pasado,
el pasado también como equipaje.
Para tanto no hay sitio en una casa
y todo esperó en calma y en montones,
cuartos provisionales, sin costumbre,
y llegaba la fruta y de repente
aromaba la casa de sentido
igual que el aleteo de un sol nuevo
cuando en el extractor anida un pájaro
o maduraba sin que se supiese
el verde funeral de la promesa.
La reinención constante de las cosas
por el sencillo hecho de mirarlas
hace mágico lo real, real lo mágico.
Le dábamos mirada al pensamiento.
Cantábamos por una carretera
y luego allí cerrábamos persianas

que caen como la ropa cae al suelo,
y siempre amanecía, como ahora.
Y seguirán ahí ciudades leves
que ejercieron de muestra del lugar
al que el amor sin daño habrá marchado:
la salvación de un tacto. Otros lugares
nos esperan a solas; o los mismos,
para no corromper ese sosiego.
Amanecía sin sentirlo casi.
Y dónde los objetos, ser intacto.
Por un momento no se tiene nada
y voy con esa nada por las calles,
devolviéndole al sol algo de luz.
Y bajo hasta la playa. Allí una radio
radia muerte bajo un cielo muy claro.
El mediodía es una piedra lisa
que bota sobre el mar y el mar se traga
antes de que consiga un horizonte.
Una piedra cansada poco a poco,
que bota cada vez con menos ímpetu
y termina rindiéndose a ser piedra.